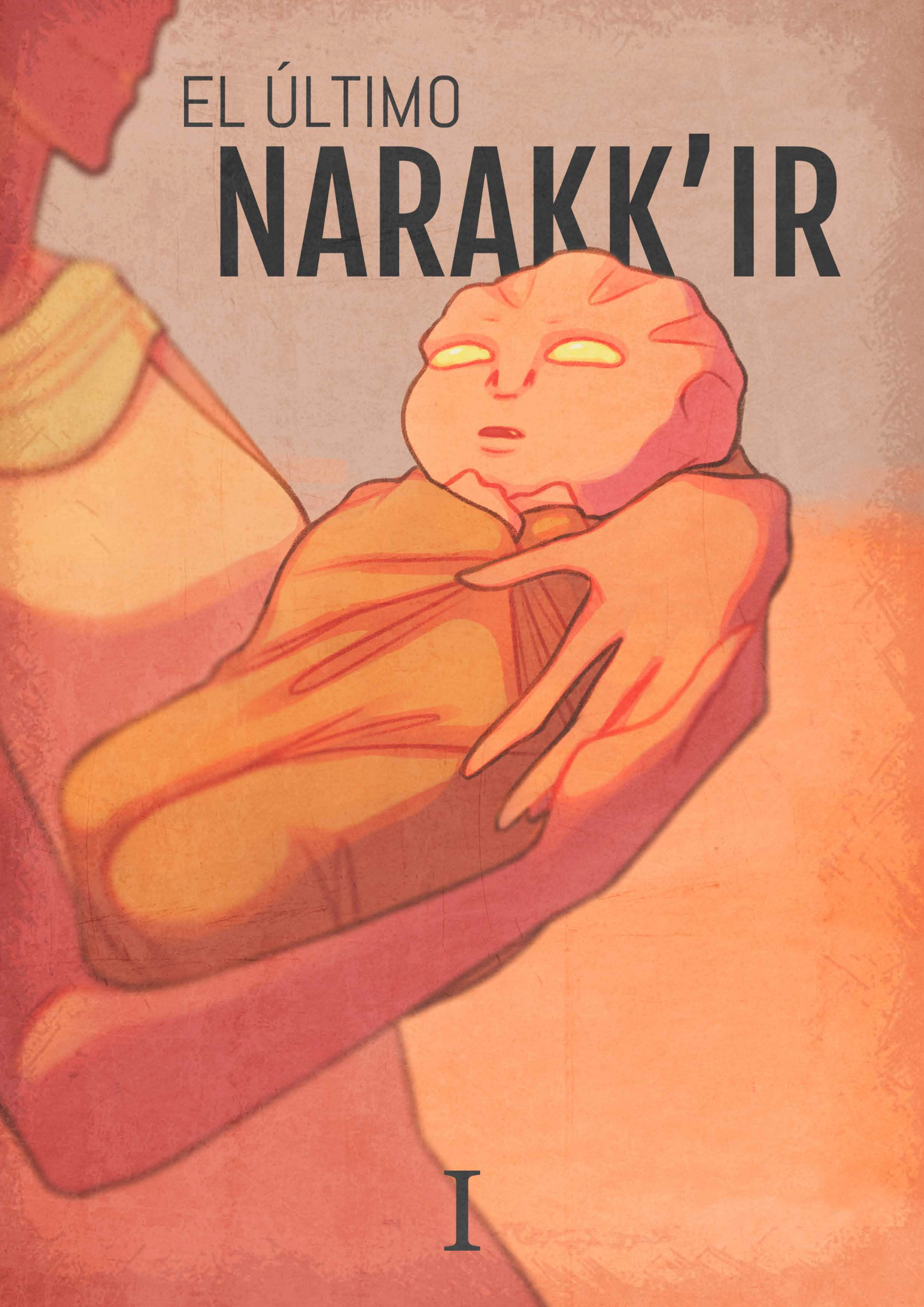

EL ÚLTIMO
NARAKK'IR
I

EL ÚLTIMO NARAKK'IR

CAPÍTULO 1: COMO UNA ESTRELLA AL AMANECER

'Anhur' fue el nombre otorgado al recién nacido, al amparo de una casa esculpida entre roca y arena, bajo el cálido sol del gran desierto de Nan'gar.

La criatura no tenía un nombre común, pues poseía un significado especial: ''luz del horizonte'' en la lengua de los Anak'krasus. Su madre le dio ese nombre porque vio en los ojos del pequeño el futuro de su raza elevándose hacia un porvenir espléndido; vio en él a un auténtico defensor de Nan'gar, como lo era el padre del niño, el general Karik. Ambos compartían el mismo color amarillento en sus ojos, un rasgo sumamente raro en las gentes del desierto.

Karik, ampliamente conocido como Narakk, era un gran militar de las fuerzas del desierto, que se había ganado una brillante reputación entre los Nangaris por sus hazañas en combate. La más extendida de todas era la historia de cómo venció a la poderosa serpiente Shiketh que había arrasado furiosa gran parte del poblado de Tahshur, su ciudad natal.

Los aldeanos y archivadores contaban qué Narakk mató a la serpiente hundiéndole uno de sus propios colmillos en el cráneo; victoria tras la cual, hizo de ese mismo colmillo su espada.

''El pequeño Anhur miraba a su alrededor con ojos bien abiertos y rebosantes de curiosidad, buscando las respuestas a las incógnitas que se le presentaban. Se deleitaba con el cálido sol que bañaba de luz cuanto alcanzaba su vista; con el gigantesco planeta rojo que cubría gran parte del cielo; con las colosales e imponentes estructuras que parecían emerger de la misma tierra, y con la magnífica pirámide que custodiaba el desierto, brillante y misteriosa, como una estrella al amanecer.''

...

Anhur creció en la humilde morada donde vino al mundo, resguardado entre los altos muros del rocoso poblado de Tahshur. Un pueblo erigido en el seno de un pequeño cañón, un lugar idóneo para afrontar las frecuentes tormentas de arena y otras amenazas cercanas.

Karik era uno de los militares más destacados y venerados en todo el desierto, pero nunca deseó riquezas ni honores. Tan solo era un Anak'krasus reservado y trabajador, de ahí que decidiera vivir en aquel poblado humilde y ascético, junto a su mujer, Najheera, alejados de las masas y la ciudadela.

A medida que pasaban los años, Anhur fue haciéndose cada vez más consciente de quién era su padre para el pueblo y fue desarrollando un gran interés por su labor. De esta forma, padre e hijo acabaron forjando un estrecho vínculo.

Karik era duro y estricto con su único hijo, pero la respuesta de Anhur siempre fue positiva. Aspirando al progreso constante, nunca protestaba al enfrentarse a las arduas lecciones que se le impartían.

El niño empezó a madurar convirtiéndose poco a poco en un adulto de piel morada, alto y es-

belto; poseía los rasgos de cualquier otro Anak'krasus corriente, salvo por sus ojos de amarillo refulgente, que lo hacían destacar entre el resto. Unos ojos que algún día llegarían a ver cosas inimaginables.

...

—¡No tan deprisa! —farfulló Rashir, falto de aire, mientras perseguía a sus dos impacientes compañeros corriendo hacia la entrada de la recién descubierta cueva.

—¡Venga, enclenque, no te quedes atrás! —gritó Satem desde el interior de la caverna.

Tras unos cuantos metros avanzando a duras penas, el joven y delgado Anak'krasus alcanzó por fin al grupo. Exhausto, miró con desgana a su corpulento amigo y éste le devolvió una mirada alegre y burlona:

—Deberías entrenarte un poco, Rash.

—No lo necesito, ya sabes que quiero convertirme en un archivador Sa'kar. —dijo Rashir mientras recuperaba el aliento.

Rashir era un joven Anak'krasus pálido y flacucho, sin embargo, era sumamente inteligente. Provenía de una familia de archivadores, por lo que a muy temprana edad aprendió a leer el Anaki y empezó a recibir enseñanzas en la gran biblioteca del poblado.

—Con ese aguante no podrías ni subir a los pisos superiores del Arkha'drim. —se burló Satem.

—¡Calla! si no sabes leer ni un pergamino simple, pedazo de Kar'shak.

—¡¿A quién le has llamado Kar'shak?! —instó, ofendido.

—¡Callad ya y fijáos en eso! —espetó el tercer integrante del grupo, mientras señalaba con el dedo índice las increíbles ruinas que tenían delante. Eran tres esculturas de piedra, semi derruidas y erosionadas; había una figura central, erguida y con posado severo que parecía dominar a las otras dos mediante unas cadenas oxidadas.

—Por Anak...—Susurró Rashir anonadado, mientras se acercaba a los viejos e imponentes monumentos —Son esculturas de los pilares de la creación. ¿Anhur, crees que las hicieron los Ancestros?

—Es posible. —respondió. —Parecen realmente antiguas.

Rashir asintió mientras examinaba las ruinas moviendo los ojos de un lado a otro con admiración..

—Mirad, a la derecha está Irna, el portador del orden y del bien. A la izquierda Rinu, portador del caos y del mal. Y en el centro se encuentra...

—Astray —Murmuró Anhur siguiendo la explicación de Rashir —Portadora de justicia y equilibrio.

Los tres jóvenes Anak'krasus se quedaron mirando a las esculturas en silencio durante un buen rato, apreciando su tamaño y su belleza.

—Deberíamos explicar esto al maestro Saram. —propuso Rashir, alegremente —¡Es un gran hallazgo!

—Idiota. —farfulló Satem negando con la cabeza —Sabes que tenemos prohibido ir tan lejos del

pueblo, nos castigarían.

—En cualquier caso vámonos, se está haciendo tarde. —anunció Anhur dirigiéndose a la salida de la cueva. Pero nada más poner un pie afuera, se encontraron, en lo alto de una roca, una sombría figura que los miraba con furia. Con paso firme, el individuo empezó a acercarse al grupo.

—Malditos ladronzuelos, no saldréis de esta con vida —amenazó, mientras esbozaba una sonrisa maliciosa.

Delante de los jóvenes se encontraba un Anak'krasus adulto, esbelto, de aspecto deteriorado y cansado. Su cabeza rojiza estaba cubierta por pequeños cuernos que formaban una cresta, rasgo característico de los Kronaki, los Anak'krasus procedentes del gran cañón de Kronak. Su torso lucía varios tatuajes negros que contrastaban con su piel rojiza.

Anhur se fijó en esas marcas y vió algo que le hizo fruncir el ceño:

—Reconozco ese símbolo. —dijo el joven de ojos dorados mientras señalaba el pecho del varón Anak'rasus —Nosotros no somos los ladrones aquí, sólo estábamos explorando la cueva. Tú, en cambio... ¡eres un saqueador Rakhari!

El individuo hizo una mueca de desagrado al escuchar esas palabras. Dirigiéndose hacia Anhur, aumentó el ritmo al tiempo que desenfundaba un puñal.

—Ya hace mucho que no soy Rakhari, ¡tú no eres nadie para juzgarme, escoria!

Rashir entró totalmente en pánico, mientras que Satem se colocó en posición defensiva. Anhur le imitó, no obstante, los tres lucían el miedo en sus rostros.

El saqueador se lanzó enfurecido contra Anhur, pero el joven pudo esquivar el ataque gracias a su agilidad; habilidad que desarrolló al defenderse de abusones, como Satem, antes de que establecieran una férrea amistad. El amigo corpulento lanzó su puño contra el saqueador, pero éste bloqueó el golpe y respondió con un fuerte cabezazo hacia la cara de Satem. El chico cayó al suelo, llevándose las manos al rostro, retorciéndose de dolor.

Anhur aprovechó la distracción para propinarle un puñetazo en la mandíbula, pero no bastó para aturdir a un Anak'krasus curtido en batalla.

El saqueador furioso, desenfundó otro cuchillo e intentó apuñalar a Anhur. Esta vez sí, logró rasgarle el abdomen, sin embargo, el chico fue lo suficientemente rápido para evitar una cuchillada mortal. No obstante, ahora se encontraba en jaque: no podría evitar un nuevo ataque.

—¡Rashir! ¡Pruébalo, ahora! —Exclamó Satem desde el suelo, con las manos cubriéndose el rostro lleno de sangre.

El pálido chico salió entonces de su estado de shock y alzo sus manos hacia el agresor. Susurró unas palabras y en ese momento el saqueador se quedó inmóvil, totalmente petrificado. El puñal se detuvo a unos centímetros de la garganta de Anhur, que estaba en el suelo, jadeante, observando el filo con los ojos desorbitados.

—¡Ja! Sabía que lo conseguirías Rash.

Pero el comentario no llegó a sus oídos. Ignorando todo cuanto le rodeaba, Rashir estaba únicamente centrado en paralizar al saqueador. Eso lo hacía temblar violentamente, en un esfuerzo

abrumador por seguir bloqueando su avance. Tenía la mirada fijamente clavada en el Rakhari, cuando de repente, vio como el saqueador se elevaba un palmo del suelo, levitando en el aire.

Satem se incorporó y se dirigió hacia el individuo flotante con una sonrisa de satisfacción. Echó el brazo hacia atrás y le propinó un puñetazo con todas sus fuerzas en la mandíbula. El impacto hizo que el saqueador saliera volando por los aires, cayendo unos metros hacia atrás.

Rashir suspiró, relajándose por fin, mientras Satem ayudaba a Anhur a levantarse. No pudo evitar reír mientras comentaba la situación:

– ¡Somos unos auténticos Narakk'ir! ¡Somos unos malditos guerreros de élite! ¡Toma ya! Hemos estado increíbles, sobretodo Rash. ¿Desde cuándo dominas el Kron?

–¡Cállate!– espetó Rashir, molesto –Se supone que no puedo usar esos conocimientos aún; lo tengo prohibido y si se entera la suma archivadora me expulsará del Arkhadrim...

Mientras los jóvenes charlaban e intercambiaban insultos, el saqueador se levantó del suelo sacando un objeto extraño de su bolsillo.

En su mano derecha sostenía un cristal de color oscuro que parecía chispear violentamente.

Al percatarse, los tres muchachos se quedaron totalmente helados. Sabían que estaban perdidos, ya que el saqueador estaba a punto de lanzarles un trozo de Kronium inestable, un material altamente explosivo.

–¡Espera! –Gritó Anhur desesperado, mientras el saqueador echaba el brazo atrás, cogiendo impulso.

Con una sonrisa en la boca y sin vacilación, el agresor lanzó con todas sus fuerzas el Kronium hacia los chicos. El mineral rodó en el aire, chispeante y amenazador. Y sin previo aviso, se detuvo al vuelo, bruscamente.

Los ojos de los presentes se abrieron de par en par, atónitos. Un largo silencio se apoderó del lugar.

Anhur y Satem se quedaron mirando a Rashir, anonadados con las habilidades de su compañero. Pero éste les negó con la cabeza, nervioso. No podía llevarse el mérito de la hazaña.

Detrás del saqueador apareció una esbelta figura femenina, con la mano alzada en dirección al Kronium inestable.

La desconocida apretó el puño con fuerza e inmediatamente el mineral salió salió volando hacia arriba. Cuando apenas alcanzaba a verse estalló en mitad del cielo .

–Vamos a morir. Es Uttu. –musitó Rashir.

El saqueador se giró violentamente, tratando de escapar, pero Uttu lo hizo volar apretando el puño de nuevo. Lo estampó contra una roca y quedó en el suelo, inconsciente.

La mujer Anak'krasus se aproximó a los tres chicos, con expresión enfadada, sutilmente mezclada con preocupación.

—Estamos muertos.— Susurró Rashir a Satem, mientras la suma archivadora se plantaba frente a ellos.

—Habéis contribuido al arresto de un individuo en busca y captura, muchachos.

Las caras de los chicos se iluminaron de golpe, pero no iba a durar mucho tiempo:

—Por otra parte...¡¿Cómo se os ocurre venir hasta aquí solos?! ¡Podríais haber muerto! Estáis castigados.

Los chicos volvieron al pueblo, acompañados por la suma archivadora de la gran biblioteca, una mujer con una mirada temible, pero de gran corazón.

El saqueador también los acompañó, escoltado por soldados Narakk'ir. Sería juzgado por la misma Uttu, al día siguiente.

Anhur se separó del grupo al entrar en el pueblo. Vio a su padre en lo alto de un risco, observándolo.

—No deberías haber ido tan lejos, muchacho.

—Lo sé... pero estoy cansado de este pueblo, quiero ser libre ¡Ver el mundo! —Dijo Anhur con tono contrariado.

Narakk cogió del hombro a su hijo mientras miraba el cálido sol escondiéndose en el horizonte.

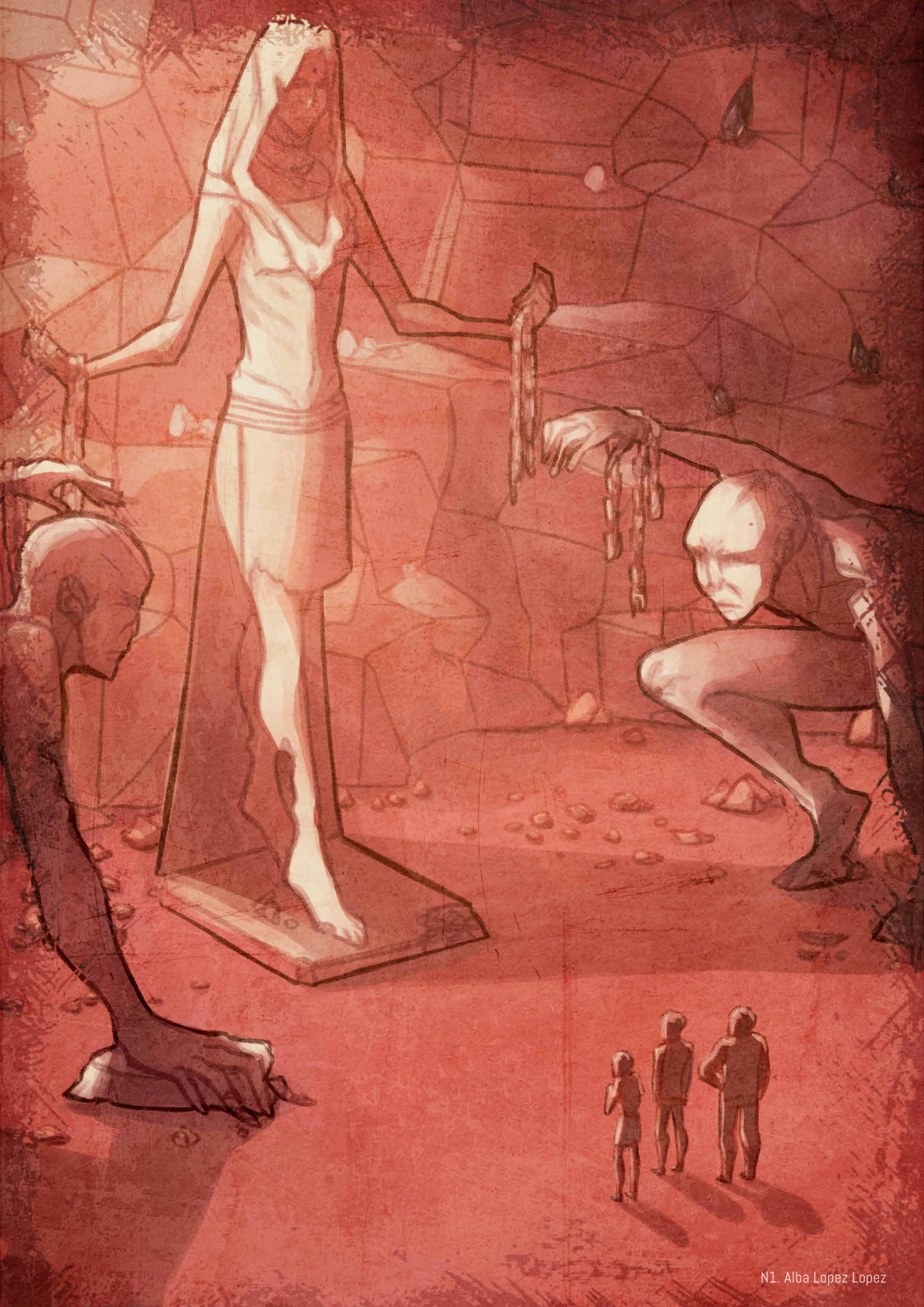
—Ser libre implica también responsabilidad, respeto y comprensión, Anhur, tienes que tenerlo presente.

El chico suspiró y asintió, mientras observaba a su padre con respeto y arrepentimiento.

—Sej'hara ni, Shak sar ka, Krasi

—Yo también, Arat.

Padre e hijo se quedaron mirando el mágico atardecer del desierto de Nan'gar, hasta que el último rayo de luz murió en el horizonte.



N1. Alba Lopez Lopez

cygnus
void